LA RENEGADA DE VALLADOLID

Relación de una joven natural de Valladolid, la que siendo cautiva negó la ley de Nuestro Señor Jesucristo, la cual se casó con el Bajá y tuvo con él dos hijos, y el arrepentimiento de esta mujer.

PRIMERA PARTE

En Valladolid vivía
una dama muy hermosa,
y su padre la tenía
bien ataviada y honrosa.
Esta tenía un hermano
en gramática sapiente
aunque joven, buen cristiano:
siervo del Omnipotente.
A Valladolid llegó
de paso para Turquía,
un capitán que eligió
nuestro rey para Bujía.
El capitán se hospedó
en frente de la doncella,
y al instante que la vió
se encendió en amores de ella.
El capitán la enviaba
muchos billetes y cosas,
y también la presentaba
ropas y joyas preciosas.
La doncella le rogaba
que en tal cosa no pensase,
y mucho le suplicó
que la puerta no rondase.
Que es doncella muy honrada,
de buena línea y parientes,
que sería murmurada
y afrentada de las gentes.

cl capitán encendido
uo tan hermosa doncella,
prometió ser su marido
y de casarse con ella.
La doncella consistió,
con tal que con ella case:
una noche la sacó
sin que nadie lo pensase,
A Bujía la llevó
lleno de amor y ternura,
mas presto les derribó
la fortuna sin ventura.
Y es, que los moros entraron
á Bujía con presteza,
y entre los presos hallaron
esta dama de lindeza.
Y como el bajá la vió
hermosa, moza y compuesta,
para sí la reservó
como la vió tan honesta.
Metióla luego en el buque
y á su tierra la llevó,
y antes de desembarcar,
de amores la requirió,
y no la pudo vencer
por más que la importunaba,
diciendo no me has de ofender
aunque yo sea tu esclava.
Basta mi terrible pena
y tristísima prisión,
sujeta á vuestra cadena
y ausente de mi nación.
El moro la regalaba,
dándole buenas comidas,
y de amores la trataba,
con palabras muy sentidas,
dijo un día que negase
á Cristo Santo Agnus Dei;
y que con él se casase,
pues era buena su ley.
Que más vale que reciba
la religión mahometana,
que no verse así cautiva
y sujeta en tierra extraña.
Con juventud y riqueza
renegó de aquel tesoro;
de Jesús Suprema Alteza,
y se casó con el moro.
Veintiseis años estuvo
metida en la mala secta;
del moro dos hijos hubo,
como infernal mahometa.
Estaba tan apartada
de Cristo y de sus tesoros,
como si fuera engendrada
y nacida en tierra de moros.
Como el Señor Soberano
se puso en la cruz por todos,
un sacerdote su hermano,
le envió por ciertos modos.
Y es que el clérigo venía
de Roma por viajar
con otros en compañía,
y se puso á navegar.
Diez galeras le salieron
de moros por buena cuenta,
el navío les rindieron
y cautivaron noventa.
El clérigo fué llevado
por la fuerza á Mahón,
y fué puesto en el mercado,
donde se vendió á pregón.
El marido de su hermana
que era cuñado, el moro,
le compró aquella mañana
y pagó con cequíes de oro.
El moro no conoció
el esclavo que compraba,
y á su mujer lo llevó
sin saber lo que llevaba.
Habiendo Jesús juntado
los que bien se querían,
hartas veces se han hablado,
pero no se conocían.
Ni ella conocía á él,
ni él tampoco á su hermana;
dábale vida cruel,
como propia renegada.
Tres años y algunos días
sirvió el clérigo á su hermana,
hasta que el Sacro Mesías
les abrió la senda llana,
y es que el clérigo con celo
á la Virgen cada día
le rezaba por consuelo
su rosario en alegría.
Todas las noches estaba
tres horas justas cabales,
con devoción rezaba
los salmos penitenciales.
Una noche le acechaba
la hermana por ver que hacía,
y reparó como oraba
á la gloriosa María.
Con entrañable deseo
le dice: ¿de dónde eres?
responde, no estés turbado.
¿tienes en tu tierra haberes?
que si lo tienes y quieres,
bien puedes ser rescatado.
¿Eres casado mezquino?
¿Tienes hijos ó mujer?
Respondió: con Dios divino
soy desposado aunque indigno,
y en él pongo mi querer,
y la sagrada María,
es mi esposa y abogada.
La renegada decía
poniéndose incomodada:
quítate de esa porfía
que tu ley no vale nada.
El buen clérigo calló;
y otra vez le preguntaba,
que cual oficio aprendió
y de donde era de España;
respondió muy puntual,
no con placer ni con risa;
es mi oficio celestial,
soy sacerdote de misa;
cada vez que misa digo
se baja Dios á mis manos;
es el sustento y abrigo
de los leales cristianos.
Díjole: ese tu oficio
en tu tierra es muy tenido,
oficio que quita vicio,
de oficios el más subido.
Razón tienes de alabarlo
y también sabras ahora
que no volverás á usarlo
si no hay quien te socorra.
¿En qué villa ó qué lugar,
ó en qué tierra te has criado?
no me niegues la verdad.
Respondió con humildad:
Dejadme, ¡triste de mí!
con mi pena y mi prisión,
que no sé donde nací;
dejadme por el Señor.
—No me lo quieras negar,
dilo ahora por mi amor,
que aunque me ves aqui ahora
turca, en Valladolid
he sido rica y señora.
Y como el clérigo oyó
su buena tierra nombrar,
las sus megillas regó,
y principia á suspirar,
diciendo has redoblado
mi dolor grave y crecido,
que la tierra que has nombrado
es do fuí criado y nacido.
Comenzó á consolarle
y aplacar su llanto y lid,
y preguntarle en que calle
vivía en Valladolid.
Respondió con gran dolor,
con aflicción y zozobra:
vive mi padre y señor
en la calle de la Obra.
Conoces á los Rosales,
gente rica y principal?
Dijo: ya doblas mis males,
esos son mis tíos carnales,
y no saben de mi mal.
La renegada que oyó
las buenas señas que daba,
al hermano conoció,
y aunque disimuló,
el corazón lo lloraba.
No hay contento que la cuadre
más que ver su buen hermano;
y le dijo: di ¿tú padre
cómo se llama y tu madre?
y tu nombre dime llano.
Llámase Juan de Acevedo
el mi buen padre y señor;
y mi madre Leonor,
por apellido Salcedo
y yo me llamo Melchor.
—Una hermana has de tener
harto galana y hermosa;
dí, Melchor, ¿qué se fué á hacer?
¿es casada? ó religiosa?
El clérigo respondió
diciendo se fué perdida;
no saben quien la llevó
ni á que provincia fué ida.
La hermana se desmayó
recordando su maldad;
pero el hermano creyó
fuese alguna enfermedad.
El moro no estaba allí,
que con sus hijos fué á caza:
y vuelta ella en sí,
á su buen hermano abraza.
y suspirando decía:
Abraza á la desdichada
Agueda de Acevedo,
la perdida y desastrada;
yo soy tu hermana que estaba
para monja religiosa;

¡oh buen Jesús tú me lavas,
que estoy de cieno lodosa!
mi Dios dame tu concordia,
acógeme á tu rebaño;
más es tu misericordía
que mi pestfiero daño.
Veintiseis años cabales
¡oh mi Dios! que te negué,
y en los bienes temporales
á mi alma encenagué.
Las ropas de terciopelo
y de muy fino damasco,
las arrastra por el suelo,
y al mundo le pone asco.
La oveja que era perdida
ya se vuelve al buen Pastor,
la duele la gran caída
y la ofensa del Señor
Decía: Rey eternal,
yo te bendigo y alabo,
que por restaurar mi mal,
mi propio hermano me envías
y fué para que entendiese
mi alma iba perdida:
y á ti mi Dios, me volviese
á gustar tu pan de vida.
El clérigo como vió
que era su hermana carnal,
á Dios muchas gracias dió,
y de rodillas se hincó
diciendo: Dios eternal,
pues tomaste carne humana,
por todos los pecadores,
Señor, perdona á mi hermana.
Asímismo confortaba
á su hermana y la reñía
que con un canto se daba,
el pecho se lastimaba,
y de sí no se dolía.
Llorando decia: ¿Dónde
iré á publicar mis pecados?
Mi buen Jesús, perdonadme
mis grandes yerros pasados.
Mi ánima pecadora
presento, Dios, en tus manos,
y la Virgen mi Señora
sea mi guarda y guiadora.
Decidme, Virgen María;
¿cuándo cobraré el salario
que antes yo ganar solía
rezando vuestro rosario?
El día que yo rezaba
ganaba por mil tesoros,
mi alma se consolaba,
y ahora la tengo esclava,
cautiva en tierra de moros.
Quiso Dios que fué elegido
muy lejos de aquella tierra,
por capitán su marido
para ir á cierta guerra;
sus hijos llevó consigo,
que eran ya de buena edad.
Permitió su Majestad
que un hijo de un mercader
que estaba en cautividad
viniéronle á rescatar.
y la dueña tuvo modo
para poderle hablar
y dióle para sacar
pasaporte para todos.
Los cuatro juntos se fueron
hasta la ciudad de Roma,
y perseguidos no fueron
de la gente de Mahoma.
Estando en Roma decía
ante el Papa y humillada:
¡Oh padre espiritual
sáname que estoy dañada!
Pues estoy en tu presencia,
óyeme, pastor sagrado.
y dame la penitencia
conforme á mi gran pecado.
Que si Dios me castigára,
conforme á mi gran error,
no es nada aunque me quemara
en vivas llamas de ardor.
La dama se confesó
y arrepentida de veras,
el Redentor la libró
de las infernales penas.
Plegue á Jesucristo, humanos,
que lavemos la conciencia,
sirviendo como cristianos
á la suma Omnipotencia:
Y aquí el poeta humillado
en la otra parte promete
con el auxsilio divino
decir el fin penitente
de esta ínclita matrona,
de Valladolid descendiente,
y de sus amados hijos,
convertidos ciertamente
á nuestra religión santa
por sus lágrimas prudentes.

Imps. Hospital, 19 «El Abanico»